

## La vida no vale nada

*Y vámonos muriendo todos  
que están enterrando gratis*

PEDRO INFANTE, en *La vida no vale nada*.

Para no hacerte largo el cuento, la cosa estuvo así: un par de días después de la balacera de la iglesia del Cristo (ya sabes cuál, Fer, esa en donde achicharraron a granadazos a unos batos que se venían correteando con los militares) y después de que saliera a la luz el video ese que apareció con unas cabezas afuera de Televisa, ¿te acuerdas? (en donde unos encapuchados salían con dos batos, encañonados, soltando todita la sopa: los nombres de la gente que estaba involucrada con Los Zetas, con el Cártel del Golfo, y hasta decían los apodos de los comandantes de la policía que tenían en la nómina, y los periodistas que trabajaban con ellos, todo, antes de matar a los dos batos y degollarlos), como a los tres días de la balacera, no me acuerdo bien que día, pero ni la semana había pasado, vaya, cuando El Gordo me llamó y me dijo que aquellos le habían hablado, que querían vernos y hablar con nosotros, no mames, a mí se me subieron los huevos aunque, la verdad, ya medio me lo sospechaba, porque desde mayo sabíamos que había una lista; un bato de una mesa del juzgado cinco nos había contado que había una lista que supuestamente Los Zetas había hecho, de puros abogados que trabajaban el tema del narco, puros delitos contra la salud, portación ilegal de armas, uso exclusivo del ejército, todo eso, ya sabes, y que nosotros por haber llevado el caso del Andrés estábamos en esa lista, que tuviéramos mucho cuidado porque nos iba a llevar la chingada, y por eso tenía yo un chingo de miedo, al chile me estaba cagando, pero de todos modos le dije al Gordo que les dijera que sí, que sí íbamos, porque se

me hizo que sería peor no aparecernos, y El Gordo, bien pinche cuate me dijo: *¿qué pedo, viejita? Si quieres voy yo solo*, pero le dije que nel, que yo jalaba, que cómo iba a dejarlo solo con ese pedo, después de todo lo que el bato había hecho por mí, porque era gracias al Gordo que yo estaba chambeando (¿te acuerdas que te conté, que ese pinche Gordo me sacó del fango, que fue el único que me tendió una mano en la peor racha de mi vida? Cuando me quedé sin chamba por culpa de la crisis económica, sin casa y sin vieja, y para no morirme de hambre trabajaba en un Italian Coffee del centro a quince varos la hora, viviendo a base de puro lechero y de los panqués que me robaba cuando la gerente de la sucursal se distraía, del nabo, y fue El Gordo el que me sacó de ese pedo, el que me ofreció chamba, el que me propuso que hiciéramos mancuerna para coyotear afuera de los juzgados: él se encargaría de conseguir clientes y lidiar con los pendejos de las mesas y del ministerio público, y yo me encargaría de las estrategias legales, de redactar los oficios, ya sabes, lo que me gusta, para lo que siempre he sido bien verga, desde que estaba estudiando la carrera: *jóvenes, esta es una apelación y no mamadas, vaya*, decía uno de los rucos que me daban clases, uno de los profes más perros, mientras sostenía mi trabajo final ante la clase, para envidia de la bola esa de fresas pendejos e ignorantes con los que estudié en el Colón, gente bruta como ellos solos, pero con dinero, y con influencias, que después de salir de la carrera entraron a chambear en el poder judicial y en los despachos más acá del puerto mientras yo servía cafés a quince pesos la hora, pinches dramas de la vida, y todo por culpa de la crisis económica, y de la culera de mi vieja, y de toda esa gente que según eran mis amigos pero nomás me volteaban la cara en la calle y hacían como que no me conocían y seguro a escondidas se burlaban de mi desgracia, y de toda esa pinche banda ojete el único que me hizo el paro fue El Gordo, él fue el único que me apoyó y me sacó de la mierda, Fer, y nunca dejó de creer en mí ni de decirme: *tú eres bien capaz, carnalito, ya verás como sales de esta*, porque ni siquiera mis jefes, Fer, mis propios padres, esos dos culeros que me dieron la vida, ni siquiera ellos quisieron ayudarme en esa época, y eso que varias veces les hablé para pedirles dinero pero siempre me mandaron a la chingada, que porque yo ya estaba grande, que ellos ya mucho habían hecho con pagarme la universidad, y además privada, y que ya era hora de que me rascara con mis propias uñas, que quién me había mandado a querer ser abogado en vez de entrar al Ejército como mi señor padre, chale, así de culeros, y solo mi carnal El Gordo me tendió la mano, me vio jodido y me ofreció que fuéramos socios, que le entráramos juntos al pedo de la coyoteada, porque yo era bueno para leer y él para romper madres, y mientras que a mí me repateaba entrar a los juzgados y lidiar con esos ladrones hijos de puta, gente buena para nada, en cambio El Gordo se movía como pez en el agua entre toda esa mierda, y seguro hasta se cogía a las pinches gordas de las secretarias, o quién sabe cómo le hacía para que le hicieran caso, pero todo el mundo lo quería y lo respetaba, y pronto ya nos iba bien chido, y llevábamos varios asuntos y el varo fluía, y después de todo eso, después de su gesto de nobleza, cómo iba yo a dejar que mi carnal el marrano se fuera solo a la cita con aquellos), ni modo, yo tenía la obligación moral de acompañarlo, y

aunque me estaba cagando de miedo le dije: *nel, Gordo, vamos los dos, no hay pedo*. Y total, para no hacértela cansada, el bato se puso de acuerdo con ellos y quedó que nos veríamos detrás del penal Allende, en la callecita esa que ya no me acuerdo cómo se llama, donde está Cappezio's, mero en frente de donde está Cappezio's, ahí quedamos de vernos con los batos esos, que finalmente llegaron a la hora que nos dijeron, a bordo de una camioneta Lobo, un camionetón enorme, naranja con negro y llantas mamalonas, cada una fácil costaba como treinta mil varos, de esas chonchas porque seguramente la camioneta estaba blindada, para aguantar el peso. Yo casi me zurro, la verdad, cuando esa madre se paró frente a nosotros y las puertas se abrieron y de adentro se bajaron unos güeyes, sin armas, porque los culeros las dejaron adentro, desde la banqueta yo alcanzaba a verlas, puras M16, no mames. Los tipos se ve que tenían instrucción militar, por el corte de pelo y el parado y la forma en que te miraban, aunque había uno que se veía bien malandro, yo creo que andaba mariguano o bien perico porque no dejaba de moverse y miraba para todos lados y terminó parándose en la esquina, desde donde saludaba con los ojos y las cejas a todo el mundo: a los vagos de la calle, los franeleros de la esquina, los taxistas que pasaban y hasta a las patrullas de policía, como diciéndole a todos: *nosotros en nuestro pedo y ustedes en el suyo*. Y total que al final se bajó el preciso, el bato que nos había mandado a llamar, el que quería reunirse con nosotros: un tipo chaparro, sombrerudo, de ojo claro y acento norteño. *Buenas tardes, licenciados*, nos dijo el bato, *¿cómo andamos?*, bien amable. *Bien*, respondió El Gordo, *pues aquí, señor, usted dirá*, y me dio un codazo pero a mí no me salía la voz, yo creo que los huevos que tenía aquí me estorbaban. *Usted nos citó, qué se le ofrece*, dijo El Gordo, y al Güero como que le dio gusto que el marrano fuera al grano y se puso a contarnos que había estado haciendo investigaciones, preguntando quiénes eran los abogados chingones del puerto, y que le habían dicho que nosotros trabajábamos muy bien, que éramos muy efectivos, y lo que el bato quería era saber si nosotros queríamos entrarle al jale con ellos, trabajar para su grupo, pues. Yo tenía la mirada clavada en las botas del Güero, y de ahí nomás subía los ojos hasta la hebilla de su cinturón, que era una bandera mexicana que parecía ondear en el aire, y luego volvía a bajarlos porque no me atrevía a decirle nada, no me atrevía a decirle que no, que la neta yo no quería nada ni con él ni con su gente, que lo único que yo quería era que me dejaran chamber, y que me dejaran vivir en paz, por supuesto, pero tampoco quería desairar al bato, porque él seguía diciendo que le habían dicho que nosotros éramos buenos penalistas, aguerridos, y que ya todo el mundo sabía que habíamos puesto en ridículo al juez y a la secretaria del juzgado cinco, y hasta a los pendejos del ministerio federal con lo del asunto del Andrés, que hasta eso era el único caso, el único, que el Gordo y yo habíamos llevado por delitos contra la salud (el que te estaba contando el otro día, el del trailero que acusaban de ser vendedor de mota, el bato que no era ni trailero –más bien chalán y cargador– ni mucho menos narco –aunque sí bien atasgado– y que metieron al bote según por narcomenudeo, por vender mariguana, aunque al final resultó que no era cierto, que los pinches dizque investigadores de la AFI le abrieron una ave-

riguación previa sin tomarse la molestia siquiera de armar bien el expediente, y mucho menos de ofrecer medios de prueba suficientes, y que para colmo el pendejo del juez resolvió con sus huevos, cortando y pegando las mentiras de la averiguación previa en el auto de formal prisión; una pinche cochinateda, Fer, un expediente de mierda lleno de puras inconsistencias, porque el trailero este, que se llamaba Andrés, ni siquiera llevaba nada encima cuando lo detuvieron, todo se lo achacaban a lo que encontraron en su casa durante un cateo que hicieron cuando el bato ni siquiera estaba, y en donde los federales encontraron un tambachito pedorro de mota y unas balas calibre .45 que según el Andrés ya estaban en la casa cuando él se mudó y que por pendejo guardó en lugar de botarlas. Y de todos modos ni pudimos hacer nada por el pobre bato, porque el juez se pasó mi apelación por los huevos y a pesar de toda la chamba que hicimos, toda la labor de detectives que nos tocó hacer para demostrar que su dizque investigación estaba bien pendeja, igual sentenciaron a Andrés a siete años de cárcel, pobre bato, y lo peor de todo es que allá dentro, en el penal Allende, los que mandaban eran aquellos, Los Zetas, y cuando se enteraron de que Andrés estaba preso por narcomenudeo se la hicieron de pedo y lo madrearon y lo tablearon y creo que hasta lo violaron, y empezaron a darle escuela, y el pobre Andrés, que nunca fue narco ni una chingada, nomás un pobre güey atascado y mariguano, que se metía sus anfetis para aguantar las chingas cargando tráilers, terminó volviéndose uno de ellos, por cuestión de supervivencia, claro, porque era volverse Zeta o morir suicidado, ya sabes, que en ese año se murieron un chingo de presos en todos los penales del estado, dizque se colgaban en sus celdas, pero con unos nudos bien locos, bien complicados, y entonces el Andrés de pronto cambió bien cabrón, fue una transformación radical, un giro de ciento ochenta grados, Fer, porque de ser un bato bien tranquilo se acabó volviendo bien agresivo, bien loco, y la última vez que fuimos a verlo nos amenazó de que cuando él saliera nos iba a cargar la verga, así nos dijo, que por no haberlo ayudado, por no habernos apurado a sacarlo, y total que ni pudimos hacer nada con ese caso, ni pudimos llegar a nada y al final tuvimos que abandonarlo porque además, para acabarla de chingar, después de revisar el expediente y después de investigar cómo estuvo el pedo y desenmascarar las mentiras y las chingaderas de los federales y del juzgado, acabamos descubriendo que la culpa de todo había sido de la pendeja vieja del Andrés, que fue la que en un principio nos buscó y nos contrató para que defendiéramos al bato, y nos pagaba bien porque era maestra y tenía sus negocios en Piedras Negras, y pues al final descubrimos que fue ella la causante de todo porque un día se enteró de que Andrés andaba con otra vieja, con una chava guatemalteca, y de puros celos y para vengarse del bato se le hizo fácil llamar al número de denuncias anónimas de la AFI y decir que el Andrés era narco, que vendía drogas, quién sabe qué estaría pensando la pendeja que nunca se le ocurrió que los federales la tomarían en serio, y mucho menos pensó que esos cabrones al día siguiente de la llamada se presentarían en la casa del Andrés para chingarlo, pero como no lo encontraron se inventaron que agarraron a un güey que testificó que el Andrés le había vendido un cartón de mota, un testigo que los pinches agentes nunca describieron ni

identificaron porque al final resultó que ni existía, y no habían registros del bato ni en el IFE ni en el IMSS ni en el ISSSTE ni en Telmex, ni en ningún lado, y el domicilio que según había dado tampoco existía, pero esa pendeja yo creo que ni siquiera se imaginaba cómo funcionan las leyes en este país, en el Estado de derecho de mierda en el que vivimos, en donde una mentira tiene más posibilidades de convertirse en verdad jurídica que la misma verdad, y al final gana el que engorda más su mentira, o el que más varo reparte, o a veces ni eso, a veces todo depende de los de arriba, de las órdenes que se dictan, y que en este caso era la de armar una cacería de brujas contra cualquiera que cayera en el tambo por delitos contra la salud, para inflar las cifras de detenciones y que así Calderón pudiera justificar su guerrita, su dizque lucha contra el narco, y cuando la vieja ya no pudo seguir engañándonos, cuando al fin nos confesó todo, llorando como Magdalena, que ella había sido la culpable de que metieran a Andrés al bote, porque fue ella había hecho la llamada falsa que alertó a la AFI, por puro despecho de que el Andrés andaba con otra vieja, El Gordo y yo nomás nos quedamos viendo, porque con eso que la vieja nos estaba confesando, con eso ya teníamos para sacar al Andrés de Allende, pero el pedo era el siguiente: que si Andrés salía del tambo, entonces la vieja tendría que entrar en su lugar, por falsedad de declaraciones, y si a la pendeja la metían al bote, entonces ¿quién chingados nos iba a pagar a nosotros?), y aunque sí le metimos sus putazos al juez, por pendejo, y a la huevona de su secretaria, al final ni pasó nada; nunca conseguimos nada con la apelación que metimos y tuvimos que abandonar el caso, pero eso no se lo íbamos contar al Güero, ¿verdad?, al preciso de la camioneta, que seguía hablándonos ahí a mitad de la calle como si fuéramos cuates de toda la vida, como si estuviéramos ahí por puro gusto, casual, y hasta nos había ofrecido un refresquito, el hijo de la chingada, porque ahí dentro de la camioneta el bato tenía una hielera, y el calor estaba perro y nosotros sudábamos, y El Güero: *¿Les ofrezco un refresquito, licenciados?* Y El Gordo le dijo que sí, pinche Gordo pedacero, pero yo nomás menié la cabeza, yo lo único que quería era largarme de ahí, Fer, tenía un chingo de miedo, y El Güero nomás se me quedó viendo muy serio y me dijo, golpeado: *¿Quiere o no quiere?* Y yo así carraspié y le dije que *no, gracias*, y el bato se sonrió y me dijo: *Eso, chingao, así me gusta, que hable como los hombres, no se me achicopale, mi lic.* Y le gritó a uno de sus achichincles: *A ver, Tosco, pásales un refresco a los licenciados*, y total que me dieron uno, en botella de vidrio, aunque yo ni quería, pero al bato que me lo dio se le olvidó destaparlo. *Pinche maleducado*, lo regañó El Güero, y el bato tuvo que regresar a destaparnos las botellas con una navaja que se sacó de la pretina del pantalón. Para ese momento yo estaba empapado en sudor, hasta los pinches bóxers los tenía mojados; eran las doce del día y estábamos en pleno rayo del sol y así como que no queriendo le acabé dando un trago al refresco, pal susto pensaba yo, mientras El Güero nos seguía diciendo que no nos chiveáramos, que ahí estábamos entre amigos. Para no hacerte el cuento largo, el bato al final nos dijo: *Entonces, ¿qué? ¿Le entran o no?* Y nos miraba al Gordo y a mí, y yo y El Gordo nos mirábamos entre nosotros y lo mirábamos a él, y entre tanta miradera yo me di cuenta de que El Gordo sí estaba tentado,



pero yo al chile ya no pude aguantar la presión y le dije la verdad: *Mire, patrón, pinche agachón que me vi, yo la verdad tengo miedo, usted puede ver los asuntos que llevamos, nos gusta chambear, y así, la mera verdad, yo no siento que, las condiciones,* y me puse a cantinflear gacho y El Güero se volteó hacia El Gordo, que no dijo nada, y entonces nos soltó: *Pues entonces los vamos a sacar de la lista, pero a cambio de que me hagan un favor. Sí, patrón, le dije, usted diga, bien pinche puto. Bueno, pues el favor consiste en que si ustedes llegan a ver que hay un asunto que me interesa, ustedes tienen que abrirse a la verga, a la de ya. Es más, por aquí lo voy pensando yo, y por acá ustedes lo van adivinando, ¿estamos?* El Gordo y yo le dijimos que sí, y el cabrón nos dio la mano y hasta nos abrazó, como si fuéramos los grandes compadres, y luego nos dijo: *Cualquier cosa, aquí andamos,* y se subió a la camioneta con todo y sus achichincles y se largaron, y El Gordo y yo nos quedamos ahí en la calle, parados con los refrescos en la mano, sin saber ni qué pedo, y El Gordo se volteó y me dijo, como siempre me decía cuando nos estaba llevando la chingada, cuando parecía que estábamos en un pedo sin salida: *No vale nada la vida,* como la canción esa, la de la película de Pedro Infante, y yo, como cada vez que lo oía, le contesté lo mismo que siempre le contestaba: *La vida no vale nada.* **C**



FELIPE EHRENBURG. S/t, 1973. Técnica mixta, 190 mm x 240 mm